

Obras cortas

Resultados del taller de dramaturgia impartido a petición del Centro Cultural Helénico por el Maestro Sergio Galindo.

Autores: Nallely Denisse Soriano Mena, Luis Pablo Agustín Lanuza Pérez, Diego Argenis Méndez Caballero, José Castellanos Infante y Daniel Bolaños.

Introducción

Fiel al espíritu de apertura a toda manifestación artística encaminada al enriquecimiento de contenidos y propuestas a la consideración de quienes amablemente nos siguen, abrimos un espacio para dar cabida a los resultados del taller de dramaturgia impartido a petición del Centro Cultural Helénico por nuestro fundador, el Maestro Sergio Galindo, como parte de su compromiso con el Sistema Nacional de Creadores de Arte al que actualmente pertenece.

*Centro Artístico y Cultural El Mentidero.
Hermosillo, Sonora, 10 de octubre de 2022*

Como resultado de la llamada *Retribución Social* a que nos compromete la pertenencia al Sistema Nacional de Creadores de Arte, las obras cortas aquí presentadas fueron escritas durante el taller en línea convocado por el Centro Cultural Helénico, del 7 al 23 de Junio de 2022, que tuve el enorme gusto de coordinar.

Más allá de la calidad que en distinto grado poseen los textos – y que dejamos a criterio del lector- está la experiencia de haber puesto en práctica algunas de las herramientas expuestas por el coordinador con el objetivo de alcanzar los fines propuestos por quienes de manera entusiasta atendieron sugerencias, compartieron ideas y opiniones, expresaron dudas y frustraciones durante las diferentes etapas del taller. No menos importante está el hecho de haber iniciado y concluido –para algunos por vez primera- un texto dramático de su autoría.

Algunas de las herramientas aludidas se pueden advertir en el formato común a los textos compuestos por cuadros con instrucciones igualmente comunes y separados por oscuros a los que hemos denominado *oscuros activos*. *Por dónde empezar* fue la pregunta detonadora de la escritura que se encaminó por el sorpresivo descoyunte del tiempo lineal y atravesó por los oscuros hasta llegar a la idea compartida de un final pretendidamente perturbador.

La experiencia ha sido rica y aleccionadora gracias al entusiasmo y los hallazgos de los participantes, así como de la labor siempre diligente de Aída Andrade y de Alin Mendoza, del Centro Cultural Helénico. Gracias también al entusiasmo e interés del compañero José Castellanos Infante, quien ha revisado los textos y hecho los comentarios pertinentes.

Sergio Galindo

Semblanzas de los Autores

Nallely Denisse Soriano Mena.

Nació en el Estado de México el día 18 de octubre de 1994. Maestra en Teatro y Artes Escénicas por la Universidad de la Rioja en México. Licenciada en Teatro por el Centro de Estudios Escénicos. Ha estudiado con maestros como Luisa Huertas, Sergio Galindo, Amaranta Leyva y recientemente con David Gaitán. Ha trabajado como maestra a nivel Licenciatura, así como en diferentes montajes escénicos. Actriz, asistente de dirección y productora, se ha desarrollado en diferentes áreas dentro del ámbito teatral y actualmente se encuentra trabajando para el Centro Cultural y Recreativo de Ecatepec.

Luis Pablo Agustín Lanuza Pérez.

12 de septiembre de 1978, León, Guanajuato. Es docente, escritor y actor guanajuatense, desde 2007. Integrante del taller literario Tormenta en el Tintero. Ha participado en las publicaciones de cuentos: “El Aroma de la Eternidad” para el diario *Correo*; “Cena con Sol” para la revista *Espejo Humeante*, “Algo vivo” para la colección *Letras Versales* de la Universidad de Guanajuato; “Tesisura del Silencio” para *Diario del Istmo* en Veracruz y diario *Correo de Celaya*; “Notas de Plata y de Cristal” para *Tintas del Lerma, Antología*. Guionista y actor para la compañía de teatro Alas Negras, incursiona en la dramaturgia con “Monstruos Gentiles” para el Taller de Dramaturgia Regional, impartido por el Mtro. Sergio Galindo.

Diego Argenis Méndez Caballero.

Nacido el 26 de junio de 1986 en la Ciudad de México. Egresado de la Licenciatura en Artes Teatrales de la Universidad Autónoma del Estado de México. Como director ha ganado múltiples premios con los grupos de teatro que dirige en Zitácuaro, Michoacán, tanto a nivel región como estatal, destacando “Mujeres de Arena”, obra ganadora del 1er lugar en las Jornadas Académicas, Culturales, Cívicas y Deportivas 2019 de los Colegios de Bachilleres de Michoacán; así como del Festival Internacional de Teatro Universitario UNAM 2020, logrando de igual manera mención a mejor ensamble actoral y mejor director; de igual manera fue seleccionada para ser parte de la Muestra Estatal de Teatro Michoacán 2021. Ha sido acreedor a los estímulos artísticos del Estado de Michoacán: “AcompañARTE”, “Alas y Raíces”, “Caravanas Culturales”, “AIEC”. Actualmente es director del grupo “Los Pánico”, de la ciudad de Toluca, Estado de México, perteneciente a la CUT UAEMEX; así como los grupos la “Triques Teatro” y “Gallinas Teatro” en Zitácuaro, Michoacán.

José Castellanos Infante.

Ciudad de México, 1999. Estudia Lengua y Literaturas Hispánicas y Literatura Dramática y Teatro en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Ha publicado ensayos tanto en *Revista Nueva Realidad* como, colectivamente, en *Horizontes*, del Colegio de Estudios Latinoamericanos (CELA), y cuentos en la revista *Arteficio*.

Daniel Bolaños.

3 julio 1997, Oaxaca de Juárez. Actualmente cursa su último año de Licenciatura en actuación, en la Universidad de Londres. Ha participado en obras de teatro como *El viaje de los cantores* de Víctor Hugo Salcedo y cortometrajes como *Agua* de Santiago Zermeño.

TRISTE AZUL

Denisse Soriano

1

Un hombre y una mujer. Mismo tiempo, espacios totalmente distintos.

MUJER: Solo es por un tiempo. Un día vamos a regresar y verás cómo todo será igual que antes. ¿A poco no te gustaría conocer otros lugares?

HOMBRE: Lo peor que pude conocer es esto.

MUJER: ¿Estás ahí?

HOMBRE: Aquí la vida es tan larga.

MUJER: Tal vez ahorita no lo entiendes, pero la vida es tan corta y... lo único que quiero es protegerte.

HOMBRE: No lo entiendo. Aquí si no chingas, te chingan. Te encuentras sin poder ver a los tuyos, extrañándolos todo el tiempo, pensando en ellos, con una chingada angustia que te carcome lentamente.

MUJER: Quiero que sepas que no eres el único que lo extraña. Yo también lo hago y todos los días pido que él regrese y pueda estar con nosotros, como antes.

HOMBRE: Pero las cosas jamás vuelven a ser como antes.

MUJER: ¿Me escuchas? (*Cambiando de tema.*) ¿Levantaste lo que te pedí? Ayer volviste a dejar la bicicleta tirada y por poco me caigo, debes tener más cuidado.

HOMBRE: Por más cuidado que tengas aquí, las cosas están jodidas.

MUJER: Acuérdate de solo llevar lo indispensable, no lleves cosas de más. El camino será largo.

HOMBRE: Ni a lo indispensable llegamos. Doce amontonados, uno sobre otro, así es como se duerme. De soñar ni hablemos. Los sueños aquí no existen.

MUJER: Milo, te estoy hablando... Contesta, por favor.

HOMBRE: Lo único que me gustaría es abrazarlos, aunque sea por última vez...

MUJER: Emilio, ¿dónde estás? ¿Te estás escondiendo? Donde te hayas ido otra vez a jugar a la calle sin permiso... Emilio, es la última vez que te hablo.

Al exterior, de manera repentina, se escuchan una balacera y gritos de niños.

MUJER: *(Asustada, gritando.)* ¡Milooooooooo!

Oscuro.

HOMBRE: (*Cantando.*) Solo besarte quisiera, quisiera, quisiera, quisiera, quisiera y antes de morir, quiero decirte te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero...

MUJER: Cantas reféo.

HOMBRE: Ya quisieras que te cantara a ti.

MUJER: Ja,ja,ja,ja,ja, uy, sí. ¿A poco andas enamorado?

HOMBRE: Qué te importa. Ya déjame en paz.

MUJER: ¿Cómo se llama?

HOMBRE: No, no se dice.

MUJER: Miraaaaaaaaa, es una estrella fugaz, pide un deseo.

HOMBRE: ...

MUJER: ¿Qué fue lo que pediste?

HOMBRE: Eso tampoco se dice.

MUJER: Ay, andas de un humor... Yo sí te lo voy a decir...

HOMBRE: Pos ya qué...

MUJER: ¡Pedí que todo salga bien!

HOMBRE: Mmmm... ¿Tienes miedo?

MUJER: Después de lo que viví, el miedo ya no me hace nada.

HOMBRE: Mmmm... ¿Tú crees en el amor?

MUJER: No sé, no creo... Creo que uno busca y cuando encuentra se pierde.

HOMBRE: Mmmm... Y el niño... ¿Cómo se va a llamar?

MUJER: Emilio, como mi papá.

HOMBRE: Mmmm... Milo...

MUJER: Ey... ¿Tú crees que algún día alguien me quiera?

HOMBRE: Sí... Yo... Yo creo sí.

MUJER: Ser mujer... Ser una mujer que fue...

HOMBRE: No es necesario que lo digas.

MUJER: Violada y embarazada, no es...

HOMBRE: No es lo que querías, lo sé, pero somos amigos y yo... Te quiero según tu modo.

MUJER: A veces no puedo dormir, me pescan las pesadillas y de ahí ya no me sueltan, se repiten una y otra vez en mi cabeza.

Llegan varios hombres en sus camionetas, nos sacan a todos a rastras. A mi mamá la toman de los cabellos y la azotan contra el suelo. Ella llora y llora, gritando, suplicando que no nos hagan nada. Unos la agarran y la comienzan a golpear. Mi hermano y yo nomás nos congelamos, sin poder movernos, ni decir nada. Ella nos ve con desesperación. Cada vez que intenta decir algo, recibe un puñetazo en la cara.

Afuera de la casa, otros hombres sacan a mi papá y lo golpean. Antes de que pudiera defenderse, sacan sus armas y lo matan.

Es mi mamá y nosotros seguimos ahí, entumecidos, rígidos. Mi mamá grita: “¡Emilioooooo, Emilio!”. Su voz es tan desgarradora, su corazón se deshace. Después la matan... Y van por nosotros, primero mi hermano... Y después... me azotan en el suelo, uno de ellos me desgarran la ropa. Siento el calor de sus manos que tocan mi piel entumecida, tan ásperas, todo mi cuerpo, mis senos. Uno de ellos me escupe en la cara, me llama puta, mientras otro se carcajea y me pone un pie en el rostro. Siento la humedad de la tierra en la suela. Siento el olor a tierra mojada y a sangre...

Respiro, tengo miedo, pero no me puedo mover, ni hablar, ni gritar. El que está detrás de mí, me abre las piernas, me sujeta con fuerza y me penetra rápidamente. Me estoy rompiendo, mi voz se ha ido. Levanto la mirada y veo el cuerpo de mi madre, y a la izquierda el de mi hermano, y en la entrada el de mi padre. Quiero llorar, pero estoy seca, no puedo... De pronto siento un calor inmenso en la espalda. Uno de ellos me grita: “Muévete maldita”, mientras apaga su cigarro en mi espalda.

La tarde en el cielo se tiñe de un rojo intenso.

Desde entonces no me gusta tanto el atardecer. Por eso te pedí venir y ver la noche, es más bonita, ¿no crees?

HOMBRE: Yo te quiero y quiero a la que tú quieras ser, sin importar las noches tristes o las tardes coloradas. Y si tú quieres, porque yo sí, ese niño puede ser mi hijo. Siempre lo será, si tú quieres.

Un día terminará todo esto. Yo haré que termine y daré hasta el último suspiro para que nada te vuelva a pasar.

Al final de todo, no fue tan difícil planearlo. Cuando la rabia arde en tu pecho, las ideas crecen por sí solas en la cabeza. No había nada que entender. Me llené de odio y coraje. *(Pausa.)* Sabía lo que iba a hacer. Busqué a la persona ideal. Lo tenía tan cerca, un vecino... Ochenta años, esperaba menos, pero entre más grande mejor. Era muy callado. Vivía solo en una casita de un verde pistache, llena de humedad, con paredes descarapeladas. Tan triste y sin chiste, como él, su único acompañante era un gato flacucho, lleno pulgas, con unos ojos tan azules que parecían tener un pequeño mar adentro.

Lo observé por un par de días. A las ocho de la mañana, salía a tomar treinta minutos los primeros rayos del sol. A veces se extendía un poco más, dependiendo qué tan cálida era la mañana. Después se preparaba el desayuno, pan y café, y barría su patio con las pocas fuerzas que le quedaban. El resto del día, se sentaba en una silla vieja a contemplar su aburrida vida.

Seguramente entre sus cosas guardaba algo de valor...

Era el día. Como siempre, el anciano hizo su misma rutina: salir, tomar el sol, beber café, barrer, sentarse... Llegó la tarde. Las nubes tenían un color intenso, coloradas, coloradas, como si alguien hubiera vaciado jugo de granada sobre ellas.

Metí un alambre en la chapa, dos, tres jalones y listo: una puerta vieja y oxidada no es tan difícil de abrir. Entré, apestaba a humedad...

Shhhhhhh. Hola, Rayuela... ¿Qué? No me veas así, con ese mar en tus ojos. ¿Qué no ves que me estoy ahogando? Y eso que aún no pasa nada...

¿Dónde está lo de valor? ¿Dónde lo podría guardar? *(Ruido de cacerolas que caen al suelo. Asustado.)* Maldito gato.

El corazón se me salía. La respiración se me volvió cortada, sin fluir. La sangre corrió tan rápido que pude sentirla en las venas. Lo único en que pude pensar es en ella... en ella y en mi rabia.

El viejo se despertó. De algún lado sacó fuerzas para correr a la derecha y abrir una cajita de madera. Sacó una pistola. Intenté explicarle que no le quería hacer daño, que solo quería... Solo quería...

Mi voz tembló... No podía pensar. Me vino a la mente su voz, su llanto, ella. Ella me nubló el pensamiento. Mi sed de venganza ardía, me quemaba. Pensé en su sonrisa que se apagó aquella tarde donde lo perdió todo. La imaginé en el suelo, entumecida, llena de miedo.

Levanté la mirada y vi al anciano frente a mí, con sus manos temblorosas que me apuntaban... Lo único que pude pensar es que... ¡¡¡lo quería matar!!! A él no... al anciano no... pero no tenía de otra...

Oscuro.

3

PRESO: ¿Qué? Siempre eres así calladito?

HOMBRE: Sí.

PRESO: Ja,jaja, no me digas. Vamos a ver si es cierto. ¿Ya nos vas a decir por qué estás aquí? ¿A poco sí entraste a robar y te escabechaste a un viejo? Qué hombrecito nos saliste.

HOMBRE: Sí.

PRESO: Además, de pocas palabras... Ja,ja,ja, qué pendejo... Matar a un anciano, pinche mariquita.

HOMBRE: Ya déjame en paz, ¿no?

PRESO: Uy, quieres que te deje en paz... Ya sabes lo que hay que hacer. Paga tu cuota si no quieres conocerme.

HOMBRE: Te conozco más de lo que crees.

PRESO: Ah, ¿sí? ¿Tú qué sabes de mí?

HOMBRE: Sé que eres cabrón, poco hombre, violador.

PRESO: Ey, ey, ey, cuidado con lo que dices.

HOMBRE: ¿Quieres saber por qué estoy aquí? Hace diez años, tú y una bola de hijos de la chingada, mataron a una familia, los asesinaron a sangre fría... Y violaste... Tú la violaste.

PRESO: ¿Cómo sabes eso? Era un simple ajuste de cuentas. Y la morrita... claro que me acuerdo de ella. ¿La conoces? Tan rica y antojable que si la volviera encontrar me la echo de nuevo, aunque, la verdad, tampoco servía de mucho, parecía que me cogía a una piedra.

HOMBRE: Hijo de la chingada... (*Saca una navaja.*) Ahora sí te voy a decir qué hago aquí. Entré a robar a la casa de un anciano con el fin de que me agarraran y que me trajeran hasta a ti. No quería matarlo, no estaba en mis planes, no quería, pero no tuve otra opción. Por dentro, me carcome la sed de venganza. Hice todo eso para llegar aquí.

Abusaste de la mujer que más quiero. Encima de eso, los idiotas que tienes allá afuera de perros falderos me arrebataron lo máspreciado en la vida. Los padres no debemos vivir más tiempo que los hijos... Ustedes son unos hijos de puta. Se creen los reyes, por ser unos pendejos dedicados al narcotráfico. Regalaron juguetes a los niños... Una bicicleta, eso le dieron a mi hijo... para que... para que un día salga a jugar y muera en medio de una balacera. Y digo “mi hijo”... pero lo más seguro es que llevaba tu sangre... Entré porque estoy hambreado de venganza. Ni el sol me sosiega, por más roja que sea la tarde. La sangre me hierve y todo se me revienta por dentro. Acabaste con todo. Ella jamás volverá a ser la misma de antes. Ha dejado de ser ella... Tú qué vas a saber de perder, y aun así, a pesar de lo perdido... seguir amando...

Arrebatadamente y lleno de coraje, el hombre se abalanza sobre el prisionero.

Oscuro final.

MONSTRUOS GENTILES

Luis Pablo Agustín Lanuza Pérez

PERSONAJES

BÁRBARA. Adolescente (11 años).

VERMES. Hombre (58 años).

MARWA. Esposa de Vermes.

Max. Adolescente.

UNA ABOGADA.

UN DEFENSOR.

UN JURADO.

I. Una sábana contra los fantasmas

BÁRBARA: No quiero morir.

VERMES: Enrolla las sábanas.

BÁRBARA: Nada de todo esto sucedería si no se te hubiera ocurrido vivir tu verdadera vida.

VERMES: Bárbara. Barbie. ¿Barb?

BÁRBARA: Déjate de juegos, Vermes.

VERMES: ¿Juegos dices? No mames, querida, la que empezó a amarlo fuiste tú.

BÁRBARA: Mientes.

VERMES: Deseamos, mentimos, amamos, mentimos, somos, mentimos. Súbete al camastro.

BÁRBARA: Vendrán en cualquier momento.

VERMES: ¿Vas a llorar? El llanto, ah, tan útil siempre. Pendeja.

BÁRBARA: Vendrán con sus manos asquerosas.

VERMES: Las niñas bonitas no lloramos.

BÁRBARA: Vendrán con sus hocicos babeantes.

VERMES: Nos está prohibido llorar, acuérdate. Pásalas entre los barrotes.

BÁRBARA: Estarán sobre mí. Reos, Vermes, reos dentro de mí hasta el desgarró.

VERMES: Cúbrete con la sábana, funciona contra los fantasmas.

BÁRBARA: ¿A dónde vas? Abandonas cuando las cosas se ponen feas, siempre.

VERMES: Ay, ya sabes que yo no me relaciono con la sangre, me repugna, qué asquito.

BÁRBARA: Estamos juntas en esto.

VERMES: Enrolla las sábanas, súbete al camastro, pásalas entre los barrotes y feliz viaje.

Oscuro.

II. Una media para respirar

MARWA: ¿Por qué estás vestido así?

VERMES: Es viernes, Marwa. ¿Te gusta mi vestido? ¿Te gustan mis coletas?

MARWA: Ay, no, por favor, tengo dolor.

VERMES: ¿Mis medias, te gustan?

MARWA: Necesito bañarme. No estoy cómoda. Tuve un día del asco, el supermercado estaba atascado.

VERMES: ¿Atascado? Así quiero dejártelo.

MARWA: Aún suena el bip, bip, bip de la registradora, aquí adentro.

VERMES: Pon tu manita aquí y aprieta.

MARWA: Vermes, ¿alguna vez me escuchas?

VERMES: Sí, claro. Compláceme.

MARWA: Los niños nos pueden escuchar. Sosiégate, no tardan en bajar.

VERMES: Ya no pueden escucharnos.

MARWA: Vermes, ¿qué les hiciste? Mírame.

VERMES: Están muertos.

MARWA: Vermes, ¿es otro de tus juegos? ¿Dónde está la gracia?

VERMES: Cenaron cereal como de costumbre, mezclé leche tibia con el veneno para ratas que tienes debajo del fregadero y...

MARWA: ¿Que hiciste qué?

VERMES: Están dormiditos, para siempre.

MARWA: Monstruo miserable.

VERMES: Me prende que me insultes.

MARWA: Bastardo de mierda.

VERMES: Uf, ricura.

MARWA: Acabará contigo, hijo de puta.

VERMES: Ah, sí, así, pégame con el puño.

MARWA: Engendro desalmado.

VERMES: Cógeme con todo tu odio.

MARWA: Después de esto serás un vegetal.

VERMES: Sacamos todo lo que hay en el refrigerador.

MARWA: Mármol del infierno.

VERMES: Me encierras hasta tener la menor temperatura posible.

MARWA: Eunuco de Satanás.

VERMES: Hasta sentir la piel de los muertos.

MARWA: ¿Ah, sí? Dame acá (*Lo asfixia con las medias.*)

VERMES: Marwa, afloja un poco.

MARWA: ¿Lo estás disfrutando, chingadera?

VERMES: No puedo respirar. Sodomízame.

MARWA: ¿Vermes? ¿Vermes? ¿Respiras?

Oscuro.

III. Los amigos se estrechan

BÁRBARA: ¿Quieres?

MAX: Son mis favoritos.

BÁRBARA: Toma los que quieras.

MAX: ¿En serio?

BÁRBARA: Tengo más.

MAX: Están deliciosos.

BÁRBARA: ¿Cuál es tu nombre?

MAX: Maximiliano, pero me dicen Max.

BÁRBARA: Es un lindo nombre.

MAX: ¿En serio?

BÁRBARA: Nada gano con mentirte.

MAX: Gracias. ¿Cómo te llamas tú?

BÁRBARA: Tus amigos deben decírtelo todo el tiempo.

MAX: ¿Mis amigos? No tengo amigos, no todavía.

BÁRBARA: Soy Bárbara.

MAX: ¿Cómo?

BÁRBARA: Es difícil de explicar.

MAX: No pareces una Bárbara.

BÁRBARA: Cuando lo trato de explicar, los demás se asustan y me hacen sentir mal.

MAX: Me pasa lo mismo. Ellos creen que soy un monstruo.

BÁRBARA: ¿Un monstruo?

MAX: Sí. ¿Sabes qué es Asperger?

BÁRBARA: ¿Te van a salir dos bocas en cualquier momento?

MAX: No.

BÁRBARA: Miren, me salió un tercer ojo, se llama Aspercomosellame.

MAX: Asperger.

BÁRBARA: Ándale, eso. ¿Estrechas mi mano?

MAX: ¿Para?

BÁRBARA: Los amigos estrechan sus manos.

MAX: ¿Somos amigos?

BÁRBARA: Casi, pásala por la reja.

MAX: Amigos.

BÁRBARA: Asperger dos narices te ha atrapado.

MAX: (*Ríe.*) Me haces cosquillas.

BÁRBARA: Con una aspira todo lo mal que te sientes.

MAX: ¿Y con la otra?

BÁRBARA: Apunta al cielo.

MAX: ¿Para?

BÁRBARA: Sentirme orgullosa de tenerte como amigo.

MAX: Eres muy divertida.

BÁRBARA: Eres un monstruo muy gentil.

MAX: Debo irme, el receso ha terminado.

Oscuro.

IV. Un vaso de leche para la despedida

MARWA: ¿Después de una vida y siete hijos?

VERMES: Sí.

MARWA: Es otro de tus juegos, ¿verdad?

VERMES: ¿Has visto la Leche?

MARWA: En la alacena.

VERMES: Estoy agobiado.

MARWA: En la otra, en la de tu izquierda.

VERMES: Alcázame un vaso.

MARWA: Ten.

VERMES: Ese es muy pequeño. Pásame aquel, no, el otro, de los más grandes.

MARWA: Así, de pronto, hoy te despiertas y... ¿sientes que no es la vida que quieres seguir viviendo?

VERMES: No es así. Bueno, en cierta forma sí. Es complicado de explicar.

MARWA: Virgen Santísima. Hace años que estoy cansada, tengo un trabajo igual o peor que el tuyo. A veces nuestros hijos me llevan al límite de mis fuerzas, de mi paciencia, pero todo ello es mi responsabilidad. Enfrento mis responsabilidades.

VERMES: Sí, pero tú eres tú. Estoy hastiado de no ser yo.

MARWA: ¿Qué tonterías estas diciendo? ¿Cómo no eres el que eres?

VERMES: Así, sin más. Soy otro y ya.

MARWA: No digas pendejadas. Eres un adulto de cincuenta y ocho años. No evades tus responsabilidades, las afrontas, le buscas un sentido a lo que vives, no solo por ti, sino por nuestros hijos, por nuestro matrimonio, por tu trabajo.

VERMES: Me despides de mis hijos.

MARWA: ¿Qué demonios quieres que les diga?

Oscuro.

V. El Amor es un Lenguaje

BÁRBARA: Me siento rara.

VERMES: Ya eres rara, querida. No te muevas.

BÁRBARA: No, esto es distinto.

VERMES: Si te mueves, no puedo cepillarte. Raro es primo hermano de Feo, te encargo.

BÁRBARA: Siento algo aquí.

VERMES: Deben ser tus ganas, Barbi. ¿Has ido al baño?

BÁRBARA: Aquí en la boca del estómago. Luego se pasa para acá.

VERMES: ¿Diarrea? ¿Fiebre? Dos o una coleta.

BÁRBARA: Una. No dejo de pensar en el monstruo más gentil que haya conocido.

VERMES: (*Suspira.*) Ay, no mames, eso no puede ser amor. Dos coletas.

BÁRBARA: ¿Cómo lo sabes? ¿Qué es el amor?

VERMES: El amor es cuando tú sientes...

BÁRBARA: Ajá.

VERMES: No, espera, el amor es cuando tú...

BÁRBARA: ¿Lo has sentido? El rojo o el rosa.

VERMES: No sé, supongo que sí. El vestido rojo.

BÁRBARA: No lo sabes. Me pondré el rosa, gusta más. Yo sí lo he sentido, aunque no sé qué es. Su cabello, ay, es como una noche sin estrellas, sin luna.

VERMES: Debe ser la regla. ¿Por qué no lo pensé antes? ¿Ya te bajó?

BÁRBARA: No, espera. (*Se huele la mano derecha.*) Su aroma, su sonrisa.

VERMES: ¿Te pusiste crema? ¿Tiene dientes chuecos?

BÁRBARA: Me gustaría ser su sonrisa, imagínate. No me gusta la sensación de la crema, no me pongas.

VERMES: ¿Te gustaría estar chueca, dispareja y con caries? Qué asco, halitosis. El codo.

BÁRBARA: Estás celoso de mí. A ti nadie te ha sonreído de esa manera.

VERMES: Muero de celos. El amor es una venda más que nos ciega para no ver todas las desgracias del mundo. El otro codo.

BÁRBARA: No puedes hablar de amor si no lo has sentido.

VERMES: No te matas para saber que te puedes morir. Las medias blancas.

BÁRBARA: Serán las negras. Siento que si abro la boca saldrán mariposas, ¿Crees que si las libero volarán a buscarle? ¿Le dirán que estoy pensando en él? ¿Cómo sabrán las mariposas dónde encontrarlo?

VERMES: Gusanos con alas. Supongamos que estos gusanos voladores lo ubican, ¿cómo esperas que él entienda tus cursilerías?

BÁRBARA: El amor es un lenguaje, él entenderá lo que yo siento.

VERMES: ¿Y si le dicen otra cosa?

BÁRBARA: ¿Cómo otra cosa?

VERMES: Los zapatos.

BÁRBARA: No entiendo.

VERMES: Tus gusanos voladores llegan a su oído y le dicen la verdad.

BÁRBARA: Que tú y yo... No, ellas no harían eso.

VERMES: ¿Segura? ¿Puedes confiar en un gusano que vuela de manera irregular?
Los zapatos, Bárbara, no te puedes ir así, ponte los zapatos.

Oscuro.

VI. Sin justicia para las víctimas

ABOGADA: Este hombre, honorable jurado, es Paul Vermes Walsh de cincuenta y ocho años, divorciado y padre de siete hijos, a los cuales abandonó, junto con todas sus responsabilidades legales, morales y éticas al cambiar su identidad legal como Bárbara Stefanoky, niña de 11 años. Exigimos que los hombres y las mujeres que integran el jurado le declaren culpable, de lo contrario sentará un precedente en el que cualquier persona moral, al cambiar su identidad legal, sin importar como se asuma, invalida al estado para ejercer justicia a las víctimas.

JURADO: Después de analizar cuidadosamente la evidencia presentada por la parte acusadora, es improbable definir la identidad de la acusada por ser menor de edad psicológicamente. De acuerdo con las pruebas mostradas por el perito psicológico, Bárbara Stefanosky asume los derechos que su estatus legal le otorga. Las pruebas presentadas para demostrar el homicidio de Maximiliano Hemitt no son concluyentes, por lo tanto, se declara inocente a la acusada, su señoría.

DEFENSOR: (*A Vermes.*) Felicidades, es usted inocente.

VERMES: Gracias, excelente trabajo.

DEFENSOR: Mi asistente, en los días subsecuentes, le hará llegar nuestros honorarios.

VERMES: Así sea. Por cierto, hay una familia que busca en adopción a una adolescente de mi edad. Ellos tienen a un hijo...

DEFENSOR: ¿Cómo podemos apoyarle?

VERMES: Agilizar el proceso de adopción, inscripción al colegio, ya sabe, una vida normal, amorosa, en familia.

Oscuro final.

160 GRADOS CENTÍGRADOS

Diego Argenis Méndez Caballero

Escena I

GUERRERO: Así es esto. Nadie tiene la vida comprada, nadie la tiene fácil. Está pelada, pues. Uno tiene sueños, pero también necesidades. ¿Y qué necesidad más grande hay que la de tragar? Y, pues, nadie come de sueños. En la casa éramos un chingo, mi apá se peló al gabacho cuando yo estaba bien morro, y mi jefita se tuvo que aventar la chinga de medio educarnos y medio llevarnos un pan a la mesa; no me malinterpretes, pues, ella nos dio lo que pudo con el amor y los pocos recursos que tenía. Siempre que llego a este punto, me da un chingo de sentimiento, el recordarme de morro, parado como perro de mercado en las taquerías del pueblo, para ver si algún cristiano me pichaba un taco. En la casa no alcanzaba pa carne, nomás vivíamos de puros frijoles, arroz y tortillas duras. Bien de vez en cuando, la jefa podía comprar un poco de pollo. De bisté y carne de puerco ni hablar, esas las probé bien después, y eso es lo más mierda: cuando pruebas algo tan pinche delicioso y no sabes cuándo lo vas a volver a probar. Se vuelve en cierto punto una obsesión, ya nada vuelve a ser igual, y buscas desesperadamente saciar ese deseo... pero, bueno, José Luis, de seguro ya te estoy aburriendo con mis mamadas sentimentales, ¿no?

JOSÉ LUIS: Para nada, siempre es interesante conocer más a fondo a alguien con los mismos gustos que uno; cómo la vida nos lleva por estos caminos distintos para, al final, converger en puntos en común. En verdad es fascinante.

GUERRERO: Desde que nos conocimos, siempre me ha dado un chingo de risa cómo hablas, la mera verdad. Hay veces que no tengo ni puta idea de qué estás diciendo.

JOSÉ LUIS: No te preocupes, Guerrero, no eres la primera persona que lo menciona. Hablando de obsesiones, para mí, leer se convirtió en mi obsesión desde niño. Los libros te permiten llegar a lugares inhóspitos, lejanos, conocer maravillas, que en la vida cotidiana pueden llegar a ser imposibles de alcanzar.

GUERRERO: Yo con mis mamadas sentimentales y tú con las tuyas de gente culta. Nadie se podría imaginar que así, con todo el mundo y la educación que tienes, te gusta tanto la cochinada.

JOSÉ LUIS: El hábito no hace al monje, mi estimado Guerrero.

GUERRERO: Y hablando de cochinada, ¿ya empezamos?

JOSÉ LUIS: Empezamos.

Oscuro.

Escena II

DON ZEPEDA: ¿Guerrero? ¿Así te llamas, huache?

GUERRERO: Sí, señor, Guerrero Calva López.

DON ZEPEDA: Ay, pobre huache, sí que te pasaron a chingar con ese nombre.

GUERRERO: Sí, pues, en donde vivíamos siempre me hacían burla por mi apellido. Si hubiera ido a la escuela, hubiera sido de los primeros en la lista.

DON ZEPEDA: ¿Y por qué te pusieron así? ¿Eres de aquellas tierras de Guerrero?

GUERRERO: No, don Zepeda, yo nací y crecí en Tlaxcala.

DON ZEPEDA: ¿Y entonces?

GUERRERO: Pos es que nací el 10 de agosto, y ese día mi amá había escuchado en la radio que era el aniversario de nacimiento de Vicente Guerrero, un personaje muy importante de la independencia de México, y ella quería que yo fuera alguien importante. No me quiso poner Vicente porque decía que tenía un familiar que así se llamaba y que era muy desalmado, que era ladrón, violador y hereje —eso, me dijo mi amá, significa que alguien no cree en Dios—, y como ella no quería que yo fuera así, porque “el nombre es destino”, pues, prefirió ponerme Guerrero, aunque también pudo ser por lo prieto, porque el general Vicente Guerrero era mulato, yo lo vi en una de esas estampitas que venden en las papelerías. Siempre quise conocer por quién me habían puesto el nombre y un día fui a comprar una, se la enseñé a mi amá, y nomás me dijo: “Ay, está bien pinche feo, lo bueno que tú me saliste chulo”. Ya después supe que también había un estado de la República que lleva su nombre, porque él había nacido ahí, y en donde también la gente está prietita, prietita, como nosotros.

DON ZEPEDA: Vaya que te gusta hablar, pero cuéntame, pues, ¿por qué quieres trabajar aquí? ¿Tienes experiencia?

GUERRERO: No, don Zepeda, nunca he trabajado haciendo carnitas.

DON ZEPEDA: ¿Y por qué quieres aprender, pues?

GUERRERO: Porque son muy ricas, y veo que la gente sale bien feliz después de darse su buen almuerzo. Y porque...

DON ZEPEDA: ¿Por qué?

GUERRERO: Pues es que de más morrillo me daba harta tentación ir a los puestos, me le quedaba viendo a los cazos, viendo cómo las carnes, y sobre todo los huesos, se iban deshaciendo en la manteca. Más que el olor, me gustaba oír el sonido del fuego, y algo dentro de mí se llenaba como de ñañas, pero no de esas ñañas feas, sino como de emoción, algo que ni yo puedo explicar. Y, pues, desde siempre, mi sueño fue aprender cómo se hacían, así desde cero: ir a escoger al cuche, matarlo, abrirlo, dejar que se escurra su sangre, escoger las partes que se van a usar, preparar el fuego, la manteca, y ver cómo, poco a poco, se cuecen.

DON ZEPEDA: Uy, mijo, pues ya llevas mucha ventaja sobre otros.

GUERRERO: Pues es que me gusta mirar y ser bien observador, y yo observaba cómo las preparaban; nunca me quisieron contratar, quesque estaba muy morrillo, y que era receta de familia, de “Las auténticas carnitas de Michoacán” en Tlaxcala.

DON ZEPEDA: Nada más auténtico que el Michoacán mismo.

GUERRERO: Por eso me vine aquí a Quiroga, para aprender en donde mero se crearon.

DON ZEPEDA: ¿Y no te dará miedo matar al cuche?

GUERRERO: Ya he visto cómo los matan y no me da miedo, hasta me dan ganas de hacerlo yo mismo.

DON ZEPEDA: Me da gusto, Guerrero, porque para poder preparar este manjar hay que llevarse una chinga antes, no es nomás aventar la carne y ya, lleva un proceso que

uno mismo tiene que realizar, y bueno, al parecer, eres el ideal para este trabajo. Necesito a alguien que no le tiemble la mano y que, sobretodo, tenga ganas de aprender. Te espero aquí mañana, tempranito, a las 5 en punto, no te digo que te quedes orita porque ya estamos por cerrar.

GUERRERO: Muchas gracias, don Zepeda, está haciendo mi sueño realidad. Nomás tengo una duda. ¿Las carnitas se pueden hacer con cualquier tipo de carne?

DON ZEPEDA: Pues no, con la carne de res y el pollo no, porque el sabor es muy diferente y no tienen la misma grasa.

GUERRERO: Ya entiendo, ¿y se podrían hacer con carne de...?

Oscuro.

Escena III

GUERRERO: Pos es que yo siempre he tenido un gusto por la carne, no sé si humana. Creo que todos somos tantito caníbales, el comernos las costras, los mocos, la sangre, las uñas, los mecos, y, ya ves, hasta hay raza que le gusta tragar caca.

JOSÉ LUIS: Coprofílicos, se llaman.

GUERRERO: Pos será el sereno, pero el caso es que de alguna forma, eso es algo que todos traemos. O como cuando vas a la misa y el padre te pide que “comas del cuerpo de Cristo”. Yo sí fantaseaba con que el padrecito agarraba la imagen del Cristo en la cruz y, como si fuera pastel de 15 años, lo partía y nos daba a todos un pedacito; con que Jesús estaba colgado, boca abajo, como si fuera res en el rastro, y que ahí, gota a gota, con la

sangre que le drenaba, nos llenaba las copas, esas copas tan elegantes que tienen ahí en las iglesias. Oye, la manteca ya casi está en su punto.

JOSÉ LUIS: Debes saber que todo es parte de un rito simbólico y sagrado, en el cual el vino representa la sangre derramada por Jesucristo, y la eucaristía su carne, la cual fue sacrificada por la salvación de la humanidad.

GUERRERO: Ora resulta que me saliste muy pinche católico ¿no, José Luis?

JOSÉ LUIS: En realidad no, es cultura general. No hay por qué tener miedo ni arrepentimiento. La base de todas las religiones, no solo la católica, es el miedo, el flagelo, el no poder accionar de manera independiente y solo vivir en relación a las leyes que tal o cual deidad impone, y si no vives en pos de esas leyes, puede existir la redención y el arrepentimiento. Casualmente, nosotros llevaremos un acto ritual muy semejante al eucarístico, para eso es el vino que traje.

GUERRERO: Yo pensé que era para darnos valor. Como me habías dicho que no pisteabas...

JOSÉ LUIS: Esto va más allá del valor. Pásame una botella, por favor. En realidad, es una ocasión muy especial, es un manjar que rozará con lo divino. ¿Tendrás un sacacorchos? En realidad, tu pensamiento tiene bastante sustento, Guerrero, la antropofagia la tenemos en nuestro ADN, en nuestra cultura. Gracias, ¿te molesto con dos copas? Nuestros antepasados lo eran, ellos comían carne humana. El pozole era hecho con ciertas vísceras y carne de los sacrificados. Tlacaxipehualiztli, le llamaban a esos festejos. ¿Puedes imaginar semejante delicia? No solo nutrían sus cuerpos; sus almas también se fortalecían con la carne de los guerreros más fuertes, de esos guerreros enemigos más poderosos.

GUERRERO: Pero yo no soy tu enemigo. Oye, esto ya está. Voy por la pala de madera y el cuchillo.

JOSÉ LUIS: Y nosotros no vamos a preparar pozole... Por supuesto que tú no eres mi enemigo. Tu nombre no pudo haber sido más perfecto. Eres todo un guerrero, lleno de valor, entrega, tenacidad, ganas de trascender. Eres el Guerrero más hermoso y perfecto que existe. Sí, muy bien, ahora vete despojando de tus prendas, quiero conocer tu cuerpo, pero más que tu cuerpo, tu alma, lo que yo deseo. Desde que nos vimos por primera vez en aquel club, supe que éramos el uno para el otro. Anhelaba ser tuyo y que tú fueras para mí. Más allá de un acto sexual, más allá de banalidades mortales, vamos a pertenecer uno al otro, ser un solo ser con ambas esencias.

GUERRERO: Te digo que hablas rebonito. También desde ese día supe que eras tú quien cumpliría mi último deseo, mi última fantasía: estar del otro lado, no ser yo quien traga. Te lo agradezco de todo corazón.

JOSÉ LUIS: Y hoy te convertirás en Jesucristo, y yo, en tu discípulo. Compartirás de tu carne y de tu sangre, y yo aprenderé de ti, serás parte de mí hasta la eternidad.

Suena "Arráncame la vida" de Agustín Lara.

GUERRERO: ¿Tienes alguna duda de la receta?

JOSÉ LUIS: Todo está claro. Alcánzame el cuchillo. Cierra los ojos.

Oscuro final.

CAEN TIRANOS

José Castellanos Infante

A Montserrath Galindo

Stevenson

Personajes

VIOLETA. Trabaja en la librería. Veintitrés años.

ATAHUALPA. Veintiocho años.

SEVERINA. Dueña de la librería. Cuarenta y cinco años.

TEÓFILO ÁLVAREZ. Personaje histórico. Participó en el Congreso Obrero de 1876.

Cincuenta y cinco años.

Cuadro primero

Interior de una librería de viejo polvoriento. Violeta se pasea con un libro de León Felipe en la mano.

VIOLETA:

“¡Qué pena si este camino fuera de muchísimas leguas
y siempre se repitieran
los mismos pueblos, las mismas ventas,
los mismos rebaños, las mismas recuas!”¹

Atahualpa entra jadeante. Vestido de negro, los pantalones, blancos, están manchados de sangre. Se sienta en la mesa de cobre. Se toca el pecho.

VIOLETA: ¿Se le ofrece algo?

ATAHUALPA: *(Tomando aire.)* Le tengo rabia al silencio.

VIOLETA: ¿Busca algún libro en especial?

ATAHUALPA: *(Recuperando el aliento.)* Le tengo rabia al silencio. ¡Mucha rabia!

Hay una peste de soledad... Nos estamos muriendo, pero no morimos. *(Palpándose el rostro.)* Seguimos, encadenados, en esta piel... *(Viendo al suelo con la mirada perdida.)* No morimos...

VIOLETA: *(Camina por los estantes, busca entre los libros. Intenta no mirar a Atahualpa.)* Creo que se equivocó de interlocutor.

ATAHUALPA: *(Muy serio.)* No lo creo.

VIOLETA: No lo conozco y no creo que usted me conozca.

ATAHUALPA: En eso tienes razón. Pero para tener una conversación, los hablantes no necesariamente tienen que conocerse. En todo caso... Soy Atahualpa, fallecí

¹ “¡Qué pena!” de León Felipe.

hace tanto tiempo que no quiero acordarme y, a veces, cuando me siento vivo a pesar de estar muerto, me dirijo a morir de nuevo. Y tú eres...

VIOLETA: Violeta, trabajo aquí. (*Pausa.*) Usted me parece muy vivo. No tiene ojos de muerto. ¿Necesita algo? También vendemos café. Le puedo preparar un latinoamericano o bien un...

ATAHUALPA: Soy un fantasma que recorre América Latina. De ti, necesito tus palabras y, quizá, tus oídos, si es que están dispuestos a escuchar.

VIOLETA: ¿Y de qué sirven mis palabras?

ATAHUALPA: Tus palabras... De simple consolación.

VIOLETA: (*Coloca el libro que leía al principio en un estante.*) ¿Qué es la consolación?

ATAHUALPA: Calor, lluvia, movimiento, canto.

VIOLETA: Entonces usted es poeta.

ATAHUALPA: Lo dudo.

VIOLETA: ¿Es usted escritor? Estoy harta de los escritores. (*Toma un libro apilado en una esquina.*) Vienen aquí y todo lo que digo lo ponen en sus novelas. ¿Y yo?, sin crédito ni nada.

ATAHUALPA: Los escritores me dan náuseas. No todos, por supuesto. Hace rato traté de asesinar a uno. Logré mutilarle el brazo, nada más. Tenía tres guaruras vestidos de civiles. Me venían persiguiendo.

VIOLETA: (*Hojea el libro. Con indiferencia.*) ¿Por eso venía tan agitado? Entonces es usted un payaso, así como Chaplin.

ATAHUALPA: Es probable. Un Chaplin muerto.

VIOLETA: (*Lee con voz altiva.*) “Toda la vida buscando palabras propias, sinceras, nuevas, olvidadas, limpias, para decir, sin decirlo, un secreto que lastima, para dejar que sangre la herida, para consuelo de no hacer lo que no se puede hacer”². Alaíde Foppa. (*Pausa. Mirando a Atahualpa.*) Espero que sus perseguidores no se hayan dado cuenta a dónde fue usted a ocultarse.

ATAHUALPA: Es probable, aunque los muertos, como yo, no gozan de la capacidad física de los vivos. Pensándolo bien, ellos también están muertos. Más muertos que yo.

VIOLETA: Chaplin siempre se sale con la suya.

Entra Severina con gran alteración. No se fija en Atahualpa, va directo hacia Violeta.

SEVERINA: ¡Ha regresado, Violeta! ¡Pinochet ha regresado!

Oscuro.

Cuadro segundo

La misma librería, limpia y con más libros. Severina habla por el teléfono del escritorio.

Severina: América, escúchame... Porfirio Díaz está en la casa. Sí, en la casa. (*Pausa.*) No sé, yo... Salí de ahí y vine a la librería. Estaba resplandeciente. Se parecía a tu padre. No, no es por decir lo que piensas. Lo sé, tu padre es mejor persona. (*Pausa.*) América... Porfirio Díaz está en la casa. No se qué hacer. ¿Mis padres? No simpatizaron nunca, decían que era un tirano. ¡Segura, América, era él! ¿No leíste los periódicos? ¿La

² Fragmento de *Las Palabras y El Tiempo* de Alaíde Foppa.

crónica? ¿En dónde se publicó? Sí, dicen que cayó del cielo. *(Pausa.)* América... Porfirio Díaz está en la casa. Ven conmigo, te necesito. *(Pausa.)* ¿Ya? ¿No era la próxima semana? No puedes hacerme esto, América, no te vayas. No me dejes. *(Entra Teófilo, muy apurado.)* Yo te quiero. Olvida los prejuicios. ¿Qué importan mis padres? Me iré contigo. Llévame a Argentina, por favor, América. *(Pausa.)* América... Porfirio Díaz está en la casa. ¡Ayúdame! ¡Ven conmigo! ¿Es por mi edad? ¡Si ya tengo veintidós, América! ¿Cuál es el problema? ¡Yo te amo! ¡Ni siquiera lo pronuncies! Sé que podrías ser mi madre, o incluso mi abuela. ¡Qué me importa! ¿No me amas? *(Pausa.)* América, es que no entiendes... Porfirio Díaz está en la casa. ¿América? ¿América? *(Deja el teléfono lentamente.)*

TEÓFILO: Disculpe, ¿a qué se refiere usted con que Porfirio Díaz...?

SEVERINA: ¡Está en la casa! ¿Se imagina? En la casa de mis padres. Mis pobres padres... ¿Qué tienen ellos que ver?

TEÓFILO: *(Para sí.)* ¡El mismísimo Porfirio Díaz! *(A Severina.)* ¿Y qué hará usted?

SEVERINA: ¿Yo? ¿Por qué habría de hacer algo? *(Se levanta del escritorio y se dirige hacia la puerta.)* Discúlpeme, tengo que irme. Agarre los libros que necesite y lléveselos.

TEÓFILO: *(Pone las manos en la puerta.)* Espere. Un momento, por favor.

SEVERINA: *(Trata quitar a Teófilo.)* Tengo un pendiente que...

TEÓFILO: Huellas de dinosaurio. *(Severina se queda petrificada.)* Tatuajes de huellas de dinosaurio en una piel amarilla y envejecida; cráneo puntiagudo; un collar de verde esmeralda.

SEVERINA: América...

TEÓFILO: Justo aquí... afuera. Hablaba con el celular. Sus lágrimas le arruinaron el maquillaje. Desde la ventana, observé que se fue en un coche con un sujeto de frac y de bastón cincelado.

Severina regresa al escritorio, cabizbaja y con pasos vacilantes. Descuelga el teléfono, marca un número y espera. Como no obtiene respuesta, cuelga, sin quitar la mirada del teléfono. Teófilo se pasea por los estantes, de vez en vez se vuelve a Severina.

TEÓFILO: Porfirio Díaz está otra vez en este mundo. Viene por mí, quiere borrar el pasado. A él nadie lo olvida, ni siquiera en este siglo XXI. A mí, en cambio, nadie me recuerda, solo algunos periódicos que nadie lee y en donde ya nadie escribe. Teófilo Álvarez, así me llamo. Soy un hombre decimonónico. Cuando estalló la Revolución yo ya no estaba en este mundo, pero tiempo atrás, cuando viejo, tenía los mismos propósitos de hacerla. *(Pausa.)* Porfirio Díaz quiere exterminarme, a pesar de que yazco extinto en el tumulto de los muertos. En 1871 yo era sastre, trabajaba en un taller donde como recompensa por todo el esfuerzo y las horas exhaustas de trabajo recibía tan solo desprecio y palabras groseras. El 18 de agosto de ese mismo año, un cliente se quejó tras un error de confección. El señor Madaleno, dueño de la sastrería, me acusó de ser el responsable. Yo me defendí con palabras demasiado prudentes, aunque ellos las calificaron como indecentes, *(Con desdén.)* “impropias de un caballero”. Yo sabía que el error lo había cometido el maestro artesano, encargado del corte de la pieza. ¿Sabe usted lo que hice? *(Pausa.)* Renuncié. Prefería la miseria que ser humillado sin motivo por un déspota. Ahí empezó todo, una disputa por la dignidad y el reconocimiento de mi trabajo y de mi persona. Mi acto fue elogiado por los sectores trabajadores y la prensa libertaria, perseguida por la tiranía. De ahí se originó el Congreso Obrero de 1876, justo cuando Porfirio Díaz

despojaba de la presidencia a Lerdo de Tejada. No dejé de hacer ruido, ni de incomodar al régimen porfirista. No me lo perdonará jamás. Por eso viene por mí, para borrar mi huella, para limpiar su pasado y dejarlo limpio, tan limpio como los cristales de este lugar.

Oscuro.

Cuadro tercero

Severina está sentada en el escritorio de cobre. Paseándose de un lado a otro, Violeta lee un periódico. En una silla aparte, está Atahualpa.

VIOLETA: *(Leyendo el periódico.)* “Después de más de treinta años, Pinochet regresa en vida a ‘cobrar las deudas del pasado’, como refirió en su primera entrevista pública con *The Economist*. La última vez que se le había visto en este mundo fue en diciembre de 2006, poco antes de ser cremado. Testimonios comprueban, a través de múltiples videos de celular, que Pinochet arribó a la tierra desde un paracaídas, vestido de gala, sin ninguna bandera en particular, y aterrizó justo en la azotea del Palacio de la Moneda. El presidente de facto, Raúl Ramón Ramírez Rebolledo, está desaparecido. Se calcula que más de la mitad de la población chilena ha migrado hacia el sur o hacia el norte. En las fronteras de los países más cercanos se intensifican los tumultos, provocados por el desasosiego, la falta de certeza y el terror. Ayer por la madrugada, las pruebas de ADN confirmaron que se trata del mismo Augusto Pinochet del pasado. Nadie sabe cómo regresó. Las preguntas no se resuelven. Ante la situación, se esperan toques de queda tanto en Argentina como en Perú”.

SEVERINA: Basta, Violeta. Es demasiado para ser verdad. *(Revisa los cajones del escritorio.)* ¡Y nadie ha venido a comprar libros!

VIOLETA: No te preocupes, Severina. Estamos en México, no en Chile. Hay que pensar en buenos augurios.

SEVERINA: *(Con desdén.)* ¡Buenos augurios! Ni que fuera esta vida una epopeya. Es un infierno.

ATAHUALPA: ¡No! El infierno es mucho mejor. Yo estuve ahí durante bastante tiempo y créanme que regresaría. Esta vida es otra cosa. Es el cielo, la gloria, el paraíso, el edén, pero con sentidos desfigurados. Si el infierno es entrañable anarquía, este mundo, que tiene cielo, es gloria bastarda.

VIOLETA: ¡Gloria bastarda! ¿Y cómo te fuiste al infierno?

SEVERINA: *(Quitándole la palabra a Atahualpa.)* ¡Fácil! Uno se escapa de casa, se cambia de nombre, realiza propaganda por el hecho y, de vez en vez, busca un sitio a donde resguardarse.

ATAHUALPA: *(Nervioso.)* Mi nombre... Yo... Estoy muerto.

VIOLETA: *(A Severina.)* ¿Lo conoces?

SEVERINA: He escuchado de él. Tarde o temprano me imaginé que algún día llegaría a pararse aquí. Es el hijo de los vecinos calderonistas. El insurrecto. El anarquista. El que arroja bombas en los...

ATAHUALPA: En los sitios donde la burguesía suele permanecer incólume.

SEVERINA: En los sitios donde nacen los tiranos.

VIOLETA: *(A Atahualpa, seriamente.)* Jamás pensé que Chaplin fuera tan violento.

ATAHUALPA: La mía es solo violencia contestataria. *(Levanta el dedo índice.)*
“El Estado posee el monopolio del...”

SEVERINA: “Del uso legítimo de la violencia”³.

VIOLETA: (*A Atahualpa.*) Le dije que tenía ojos de vivo.

ATAHUALPA: Estoy muerto.

SEVERINA: (*Con ironía.*) Muertos están otros. (*Pausa.*) Y me gusta que estén muertos.. No es por desear el mal a nadie, sino porque esos vecinos eran...

ATAHUALPA: (*Se levanta y camina aturdido.*) ¡Estoy muerto! Soy Atahualpa.
(*con gran alteración.*)

“Perdido en las cerrazones

quién sabe, vidaday, por dónde andaré

(*Mira por la ventana.*) mas cuando salga la luna

cantaré, cantaré”.⁴

VIOLETA: (*Abraza por la espalda a Atahualpa, tímidamente.*) Yo te creo, Atahualpa. Te creo.

Silencio. Entra Teófilo, desnudo.

TEÓFILO: El señor Madaleno me despidió de mi pasado. Yo, indio del demonio, no tengo derecho a usar trajes como los señores. Yo, indio del demonio, que fui sastre, no tengo derecho a usar sombreros como los señores. El señor Madaleno me dijo esta mañana que yo era un mentecato imberbe... un viejo mentecato imberbe que... que no recuerda lo que hace...

VIOLETA: (*A Teófilo.*) ¿Se le ofrece algo? ¿Busca algún libro en especial?

TEÓFILO: Busco el reconocimiento, no más.

³ Sentencia de Max Weber.

⁴ “Luna tucumana”, Atahualpa Yupanqui.

VIOLETA: (*Observa por la ventana hacia arriba.*) ¡Un hombre está cayendo! ¡Un hombre cae del cielo!

Todos se acercan a mirar en la ventana. Atahualpa saca del bolsillo del pantalón unos binoculares. Observa hacia el cielo.

ATAHUALPA: (*Quitándose los binoculares del rostro.*) Es Franco.

SEVERINA: (*Va al escritorio.*) Están regresando. Todo regresa. ¿Por qué? ¿Qué hicimos para merecer esto? (*Sostiene el teléfono, sin marcar nada.*) América...

VIOLETA: (*Camina hacia el centro del escenario.*) ¿Qué día es hoy? ¿Qué día será mañana?

TEÓFILO: ¡Mañana! 18 de agosto de 1871. ¡Yo no cometí el error de confección! Señor Madaleno: ¡renuncio! ¡Y conmigo renuncian los trabajadores a la opresión! (*Corre en círculos.*) ¡A la huelga!

SEVERINA: América... Un pitido de lástima. Eso es lo que dejas, América, un pitido de lástima, un sonido de metal, un adiós sin palabra ni aliento, un soplo de cable de teléfono, un llanto agudo de miseria. América, ¿qué somos? Un pitido de lástima.

VIOLETA: Atahualpa... ¿Qué hora es?

ATAHUALPA: La hora... ¡El tiempo! (*Se asoma a la ventana.*) Falta poco para que anochezca. Falta poco para partir al infierno, pero mientras tanto... (*saca un petardo del pantalón, mientras se acerca a Violeta y le enseña la llama de un encendedor.*) podemos preparar la bomba.

TEÓFILO: El señor Madaleno y don Porfirio... Son amantes. ¡Son amantes!

SEVERINA: (*Enajenada al teléfono.*) Porfirio Díaz está en la casa. Augusto Pinochet está en la casa. Francisco Franco está en la casa...

VIOLETA: El martes tengo que cobrar mi quincena. Pero no hay quincena, ¿o no hay martes? (*A Severina.*) ¿Puedo cobrarme en libros?

TEÓFILO: (*Se cruza hacia el otro extremo del escenario y empieza a bailar.*) Señor Madaleno, mire, así bailo mejor. ¿Sabe qué? Me gusta no ser (*con desdén.*) un caballero. ¿Quién es usted, señor Madaleno? A usted nadie lo recuerda, y a mí, en cambio... a mí...

Violeta le quita el petardo y el encendedor a Atahualpa. Lo enciende en el piso y el artefacto hace un ruido estridente. Todos se quedan en silencio. Atahualpa, que se sienta en el suelo del lado izquierdo, saca una bolsa llena de pólvora y unos cilindros de metal de su chaqueta, con lo que empieza a preparar la bomba. Severina susurra algo en el teléfono del escritorio. Teófilo baila rodeando el escenario una y otra vez. La librería se oscurece, solo una luz cenital ilumina a Violeta, que camina en el centro.

VIOLETA: ¿Qué hay de ti, soledad en llamas? ¿Qué hay del amor y de tu pasado?; ¿qué de tu rebeldía, tu paroxismo?; ¿qué de la utopía que construyes?; ¿qué del tiempo perdido?; ¿qué de tu sombra sin sonrisa?; ¿qué del odio y del rencor? Si caen tiranos como caen relámpagos, se levantarán las cortinas de los teatros, la luz se interpondrá en lo oscuro; las palabras en el silencio, y el silencio en los mares cactáceos de balas áridas y desérticas. Aquí las palabras refrescan: olvidan el olvido y recuerdan el recuerdo. ¿Qué hay de ti, soledad en llamas? (*Interpela con tono cordial.*) ¿Se le ofrece algo? ¿Busca algún libro en especial? Sí, poeta de la gloria bastarda, coloca mis palabras en versos endecasílabos, te lo permito, te las regalo, no te las vendo porque vender... Nadie me las compraría... ¿Quiere un latinoamericano? Aquí no tenemos a Lezama Lima, solo a Carpentier. Mi risa saca

polvo cada vez que sucede, y mis ojos, no lágrimas, no sangre, no sudor, no pus, sino sencilla esperanza. ¿Qué hay de ti, soledad en llamas?

Se ilumina el resto del escenario.

ATAHUALPA: *(Mientras arma la bomba.)* La soledad es el crepúsculo de la memoria. Muerto, me aburro de mis uñas sucias de pólvora. Y no por permanecer en el zócalo de los vivos me siento menos solo. Parece que estamos ciegos y sordos. La soledad es la contradicción más insensata de la vida: estamos y nos sentimos en completa soledad, a pesar de que al rededor nuestro hay multitudes abrumadoras de personas. Vámonos, Violeta, al infierno.

VIOLETA: ¿Al infierno?

TEÓFILO: ¡El infierno! Ahí yacen mis antepasados. Me gustaría ir al infierno. Ahí es de donde venimos. Pertenece desde siempre a ese lugar sin sitio, pero un yugo capital nos desterró para organizarnos en este mundo. *(Interpela.)* Adiós, señor Madaleno, me voy al infierno. Quédese con su gloria, bien abrazadito de su bandera. Adiós, don Porfirio, fue un placer haber sido el piojo de su rebaño. *(Sale.)*

SEVERINA: América... Cuatro siglos esperándote. América... ¿dónde estás? Este asfalto lleno de sangre... me revienta la paciencia. Y la paciencia es tiempo, es un estate quieta a veces, es un siéntate, es un no salgas a las calles, no grites, no estorbes, no escribas, no hables. América, ¿para quién? ¿Americanos? ¿Americanas? ¿Dónde estás, América? ¿Quién eres, pequeña vieja acorralada? ¿Dónde está la semana de colores?; ¿dónde el amor?; ¿dónde el tiempo?; ¿dónde el porvenir?; ¿dónde el pasado? *(Cuelga el teléfono. Se levanta y sale con pasos lentos.)*

ATAHUALPA: *(Se levanta con la bomba en la mano.)*

“Le tengo rabia al silencio,

por lo mucho que perdí.

Que no se quede callado

quien quiera vivir feliz”.⁵ (*Sale.*)

La librería se oscurece de nuevo. Violeta se queda en el centro con luz cenital.

VIOLETA:

“¡Qué pena si esta vida nuestra tuviera

—esta vida nuestra—

mil años de existencia!

¿Quién la haría hasta el fin llevadera?

¿Quién la soportaría toda sin protesta?

¿Quién lee diez siglos en la Historia y no la cierra

al ver las mismas cosas siempre con distinta fecha?

Los mismos hombres, las mismas guerras,

los mismos tiranos, las mismas cadenas,

los mismos farsantes, las mismas sectas

¡y los mismos, los mismos poetas!

¡Qué pena,

que sea así todo siempre, siempre de la misma manera!”⁶ (*Sale.*)

Oscuro final.

⁵ “Le tengo rabia al silencio”, Atahualpa Yupanqui.

⁶ “¡Qué pena!”, León Felipe.

MI SER HABLE

Daniel Bolaños

Cuadro I

FERNANDO: ¿Debería escribirlo para saber qué decir?

GALO: Aunque lo escribas, terminas diciendo otra cosa. Siempre termino hablando yo.

FERNANDO: Pero esta vez quiero hablar yo.

GALO: Pues habla, nadie te detiene.

FERNANDO: No sé qué decir.

GALO: ¡Nada! No tienes que decir nada que no quieras decir.

FERNANDO: Para ti es muy fácil...

GALO: Lo es. Respiras, observas y callas, así de fácil.

FERNANDO: ¿Tú? ¿Callar? Si siempre tienes algo que decir u opinar. Hasta parece que me lees la mente.

GALO: Pero no digo lo que piensas. Si lo hiciera, no estaría donde estoy. Solo digo mi verdad, aunque sea mentira. Mejor vete a cambiar, ya será la hora. Mamá siempre se enoja cuando no vistes para la ocasión.

FERNANDO: Sí, pero mamá ya no está. Pásame la corbata, nunca supe amarrarla.
¿Me ayudas?

GALO: ¿Por qué tanto desmadre por un funeral?

FERNANDO: Cállate, no hables así, es importante para mí. No encuentro papel.

GALO: ¿Por qué te importa? ¿Te sentirás acaso culpable? ¿Por eso quieres hablar?
¿Es tu manera de justificar lo que hiciste? Esta vez yo no voy a hablar por ti.

FERNANDO: ¡Shhh! Te dije que yo hablaré. Solo tengo que escribirlo.

Oscuro.

Cuadro II

FERNANDO: ¿Nos ven?

GALO: No sé. ¿Me asomo?

FERNANDO: Pero rápido. Vas.

GALO: ¿De qué huyes?

FERNANDO: ¡Huimos!

GALO: ¿De qué huimos?, pues.

FERNANDO: Estoy molesto, tengo miedo... Hoy eligen.

GALO: ¿Otra vez?

FERNANDO: Sí, cada vez somos menos. Solo veo cómo se van y me pregunto...
Yo fui uno de los primeros, no entiendo. Yo estuve antes de que se llevaran a Juan o a
Carlos. Incluso a Diana, que solo estuvo aquí cinco días, le tocó la suerte. ¿Y a mí cuándo?

GALO: ¿Escuchaste?

FERNANDO: Pero hoy me voy... Ya me cansé... Estate quieto.

GALO: ¿Qué haces?

FERNANDO: Te tienes que ver bien para que te elijan, primera regla. (*Pausa.*)

¿Ahora qué pasa?

GALO: Pero si me eligen, no te elegirán a ti...

FERNANDO: Tú me llevarás contigo.

GALO: ¿Se puede? (*Pausa.*) ¿Eres feliz?

FERNANDO: Lo seré. Tú me ayudarás en eso.

GALO: ¿Yo? No conozco la felicidad aún. Dijiste que me enseñarías.

FERNANDO: Luego, eso no importa ahora. La felicidad vuela fácil. ¡Esto es más importante! Posiblemente sea para siempre y quizá conozcamos la felicidad.

GALO: Volvió a sonar.

FERNANDO: Concéntrate Galo... A ver, ¿quieres ser feliz?

GALO: No sé.

FERNANDO: La respuesta es sí y estamos cerca.

GALO: Tengo miedo.

FERNANDO: Dame la mano. (*Pausa.*) Estás listo, lo hemos ensayado. Solo respira, observa...

GALO: Y calla.

FERNANDO: Exacto. Recuerda lo de la galleta.

GALO: ¿Qué?

FERNANDO: Dijiste que nuestras manos juntas forman un Oreo.

GALO: ¡Y yo soy el relleno! Y tú las tapitas.

FERNANDO: Muchos prefieren el relleno y eres afortunado.

GALO: ¿Una lucha de pulgares?

FERNANDO: Mmm... Bueno, pero sin trampas esta vez.

GALO: Tú me enseñaste.

FERNANDO: (*Ríe.*) Sí... En esta esquina tenemos a... ¡Elige!

GALO: ¿Quién serás tú?

FERNANDO: Voy a ser tú.

GALO: Bueno, yo seré... ¡Mamá!

FERNANDO: En esta esquina...

GALO: No, ¡mejor papá!

FERNANDO: En esta esquina...

GALO: Mejor...

FERNANDO: ¡Decídete!

GALO: El Mundo.

FERNANDO: En esta esquina Galo y en esta otra El Mundo. Tres, dos, uno...
¡Lucha de pulgares!

GALO: ¡Gané! El Mundo derrotó a Galo.

FERNANDO: Quizá hoy puedas ganar más...

GALO: Pero ellos te quieren a ti.

FERNANDO: Cuando te vean, te amarán.

GALO: Los escucho, ahí vienen.

FERNANDO: Estás listo, no tengas miedo, solo respira.

GALO: ¿A dónde vas? Fer... Aguan... ¡Ah!... ¡Hola!

Oscuro.

Cuadro III

FERNANDO: Puedo pedir perdón, pero no debería. Puedo decir que lo siento, pero no lo siento. Deberían sentirlo ellos. Qué fácil es abandonar, como si fuera un juguete, dejándome con preguntas que jamás pude resolver. No quise preguntar cuando los tuve de frente, ahí, viéndolos con su nueva familia que no desecharon. Ahora estoy hecho un mar de sensaciones que el mundo me impuso. Este será mi adiós. ¡Concéntrate! Puedes hacerlo,

que escuchen lo que tienes que decir, no hay más; que te escuchen y vean al ser que crearon, pedazos de aquí, pedazos de allá: una mezcla de todo y de nada, a la vez. Que se den cuenta. Ellos son los que callarán ahora y yo saldré victorioso, saldré libre, me iré libre. Qué mejor lugar y situación que esta. Dicen que es de cobardes, pero no veo algo más valiente que decir la verdad... Aunque duela.

GALO: ¿Estás listo?

FERNANDO: No, no lo haré.

GALO: Cobarde, eso es lo que eres, un cobarde. ¿A qué le temes? Habla. ¿No querías hablar?

FERNANDO: No es tan fácil.

GALO: ¡Excusas! ¡Tómala! (*Pausa.*) Ese es el problema de vivir detrás de una idea, detrás de la sombra de los demás. Es cómodo por un rato, pero, ¿qué pasa cuando la sombra se mueve y quedas expuesto al sol? Te conviertes en un bebé indefenso porque nunca aprendiste...

FERNANDO: Aprendí observando.

GALO: De nada sirve observar si no accionas. ¿Crees que tenemos brazos, piernas, oídos y bocas de adorno? Toma, guárdala en la parte de atrás.

FERNANDO: Es que ellos...

GALO: ¿Ellos? ¿Quiénes? ¿Vas a seguir culpando? (*Pausa.*) ¿Alguna vez te preguntaste cómo me sentía yo? Dijiste que me enseñarías. Te seguí, te hice caso, creí que todo estaba bien. Callé, observé, respiré, y fue todo, me volví un patrón y me perdí. De

pronto desperté y todo pasó como una estrella fugaz. No disfruté. Nunca me enseñaste qué era la felicidad.

FERNANDO: Perdona, no quiero, no quise... Ellos me criaron así. Nací del abandono para pasar al rechazo. Sé que no me obligaron, pero me orillaron. No tenía opción.

GALO: Siempre la hay. Respira, observa...

FERNANDO: Y calla.

GALO: ¡Habla! Ahí está, esa es tu oportunidad... ¿Acaso no estás cansado? *(Pausa.)* Pues yo sí, estoy cansado; cansado de sentir que no siento; cansado de los hilos. Y lo digo así de claro porque ya no eres un niño. O hablas o la cabeza te explotará.

FERNANDO: Galo ¿Qué haces? Dámela, no juegues con eso.

GALO: Me arrastraste a tus problemas, fue mi maldición. Yo decidí también, nunca es tarde para arrepentirse. Un cuerpo nunca está de más.

FERNANDO: ¿Mamá no fue suficiente? ¿Qué haces? *(Pausa.)* ¿Crees que me da miedo morir? Me da miedo vivir.

GALO: Me divierte lo egoísta que eres; que no puedes ver más allá, encerrado en tus maquinaciones, en el mundo que creaste, en los enemigos que imaginaste. Toma, por si la pistola no funciona. Siempre fuimos afortunados, pero te parece más fácil vivir en el drama. Quieres ser el protagonista, pero nunca fuiste material para serlo.

FERNANDO: Entonces hazlo.

GALO: Lo haré, no me da miedo. Yo dejé de sentir desde hace mucho; a ti te aterra hacerlo. ¿Qué harías sin mí? ¿Podrías con más culpa? ¿Cómo le explicarás esto a todos? Están afuera esperando, te mirarán y no podrás. Una mirada mata más que una bala. Ojalá que puedas ser mi voz ahora. Enfrentate al mundo. Toma, necesitaras más hojas.

Oscuro.

Cuadro IV

Se escuchan disparos y gritos. Fernando agitado.

FERNANDO: No tengas miedo, no te haré daño. Ya no haré más. *(Pausa.)* Lo siento mucho, yo no quería hacerlo... No me dejaron opción. *(Pausa.)* Sí, yo sé que hice algo malo. Fue la única manera que encontré para expresarme... ¿A dónde vas? *(Fernando dispara al aire.)* Te dije que no te haría daño. Ahora todos me verán, aunque siempre lo hicieron, pero nunca vieron lo que yo era. Tienen que ser más observadores, muchos somos buenos en aparentar, ¿verdad? Esta sonrisa me costó años en construirla y es un trabajo duro... No sé si me arrepienta, porque lo disfruté. Tengo que confesarte que no fue fácil. Tuve que imaginar que cada compañero tuyo era alguien que me había hecho daño. Imaginar es tan poderoso que, corriendo, le quitó la inocencia a cada niño y lo convirtió en odio y rencor. Nadie me conocía y qué mal que no conocieron la mejor versión de mí. Estoy seguro de que les habría agradado: todo dulce, tierno, empalagoso como el puto relleno de la Oreo. Todos prefieren el puto relleno y estoy harto. Te diré algo. Eres afortunado. No todos verán esta parte de mí, la que uno siempre esconde porque el mundo nos hace esconderla... Ellos nos hacen esconderla, con sus miles de “No”, su “Es mejor

callar”. Hoy permito que mi espíritu lllore, me siento libre. Me llené de palabras, las metí aquí y he formado un poema hermoso con ellas. Solo queda el punto final. Y ese te tocará a ti: “el sobreviviente”, el que puede contar lo que vio, testigo de que hay algo dentro del cascarón. Yo no puedo, no quiero vivir, pero me da miedo dejar de hacerlo. Es mucha responsabilidad en mis manos. Es más fácil que otro cargue la culpa. Es el trabajo más difícil: o quedas dañado o decides hacer lo contrario a lo que hice yo. Siento mucho que tuvieras que vivir esta masacre; algunos de tus compañeros eran muy malos contigo, de seguro. *(Pausa.)* ¿Escuchas el canto? Son las sirenas que nos han rodeado. Me llevarán. Tómala. *(Entrega la pistola a alguien del público.)* Respira... Y dispara.

Le disparan a Fernando, que cae al suelo.

Oscuro final.